

ESPIRITUALIDAD APOSTOLICA **(Hno. Basilio Rueda,SG)**

Para nosotros como para muchas familias religiosas en esto hay más un problema a resolver que un logro ya asegurado.

Voy a dejar de lado las diversas causas de flojedad, de abandono, de falta de prudencia y de organización y voy a ocuparme de las razones más nobles pero no por ello menos esclarecedoras de nuestro problema

Quiero hablar de la tendencia que ha habido de reducir toda idea de vida religiosa a vida monástica. Ciertamente las almas profundamente contemplativas que viven una vocación de desierto tienen un verdadero impacto y en estos últimos años se ha visto suficientemente hasta que punto los espíritus podían estar hipnotizados por la vida monástica del Oriente.

Por otra parte, la teología preconiliar habitualmente señalaba dos fines a las Congregaciones como la nuestra: un fin principal que era la santificación personal y un fin secundario que eran las obras de apostolado. Estas aparecían casi como una tolerancia que, por otra parte, no estaba exenta de peligro, aunque el P. Champagnat se afanara en mostrar al H. Luis o a otros que este posible peligro debía estar completamente superado.

Esta división y las ideas de tal género han producido un estilo de formación que era como una espada de dos filos. O bien se vivía una vida espiritual desarticulada, una oración desarraigada de la acción y una acción que turbaba la oración; se sentía que algo funcionaba mal; se sufría de una cierta tensión espiritual que describiré más adelante con las palabras precisas del P. Arrupe. O bien se abandonaba uno de los dos fines: algunos se refugiaban en la oración, sustrayéndose lo más posible a la vida activa, otros minimizaban la oración, diciendo que no eran contemplativos. Todo el mundo ha conocido estos problemas y estas tensiones.

Ahora bien, el Concilio ha afirmado claramente que la vida apostólica de una congregación como la nuestra pertenece a la esencia de la vida religiosa: *«En estos institutos (dedicados al apostolado), la acción apostólica y benéfica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa, como sagrado ministerio y obra propia de la caridad que les han sido encomendados por la Iglesia y deben cumplirse en su nombre. Por eso, toda la vida religiosa de sus miembros debe estar imbuida de espíritu apostólico y toda la acción apostólica, informada de espíritu religioso. Así pues, a fin de que sus miembros respondan ante todo a su vocación de seguir a Cristo y sirvan a Cristo mismo en sus miembros, es necesario que su acción apostólica proceda de la íntima unión con El. Con lo cual se fomenta la caridad misma para con Dios y el prójimo. Dichos institutos deben, por tanto, ajustar convenientemente sus observancias y prácticas con los requisitos del apostolado a que se consagran. Ahora bien, como quiera que, la vida religiosa dedicada a las obras apostólicas reviste múltiples formas, es menester que su adecuada renovación tenga en cuenta esta diversidad y que, en los varios institutos, la vida de sus miembros en servicio de Cristo se sostenga por los medios propios y congruentes».* (PC 8)

Todo esto está claro, solamente las consecuencias de oración y de espiritualidad, que deberían derivarse de ello y que, por otra parte, nos harían encontrar el sentido de nuestra

vida en la Sagrada Escritura, aun no han sido sacadas con claridad¹.

Esta integración de la oración en el apostolado engendra una vida unificada. El apóstol se nutre de una oración que le empuja al apostolado y le enriquece de ánimos, de creatividad, de dinamismo y de aguante. Sin ella no podría sostenerse: esta es pues la primera consecuencia.

Una segunda consecuencia consiste en garantizar a todo trabajo un verdadero corazón una dimensión espiritual, y si las circunstancias lo permiten, una verdadera fisonomía apostólica. Incluso entonces un trabajo profano ya no es profano. Este trabajo ya no aliena ni vacía sino que alimenta la oración y la reclama.

Una tercera consecuencia: la vida se hace prudentemente organizada y ritmada por dos exigencias de un mismo amor que es amor de Dios y de los hombres y que encuentra su justo equilibrio: «Al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios».

A estos dos amores, contemplativo y apostólico, uno será capaz de sacrificar muchas frivolidades, muchas servidumbres mundanas y poco a poco se hará posible entonces una verdadera contemplación en la acción y una vida vivida en unión continua con Dios.

Ahora bien, repito que esto, descontada una minoría de Hermanos, es aún sólo una tierra prometida. De una parte hay que lamentar en muchos un enrarecimiento de la oración personal y una gran reducción del tiempo de oración, empobrecimiento que por doquier alcanza a comunidades enteras y quizá incluso a alguna que otra provincia. Por otra parte, aún es más penoso constatar la ausencia de espiritualidad apostólica y, por consiguiente, la inexistencia de una vida en la que la contemplación se integre bien en la acción para darle su ritmo y su fecundidad.

A fuerza de suponer que nuestros Hermanos están en unos niveles en los que no están, dejamos desamparados a hombres que se enfrentan a una organización creciente y arrolladora y hasta tiránica de la sociedad secularizada, con sus modas, sus competiciones, su televisión y sus valores. Conviene no ser ingenuo. Quien quiere hacer el ángel se hace bestia. Es necesario que, a través de una estructura personal, comunitaria y congregacional, sea salvada

¹ Os pido que no me comprometáis aquí en un equivoco. Mi intención no es oponer vida apostólica, con formas falsas de contemplación, sino con formas auténticas cristianas.

La contemplación cristiana no es un intimismo, ni un replegarse en la salvación personal con desinterés de los demás. Si uno interpreta «el Reino de los cielos dentro de vosotros está» como una invitación a la espiritualidad intimista, se engaña.

La distinción o, si se quiere, la oposición está entre dos tipos de espiritualidad, ambos auténticos: la espiritualidad apostólica de las vocaciones contemplativas, que, jamás abandonan al prójimo, el sentido de iglesia ni la preocupación pastoral, sino que viven en la oración y únicamente dentro de la oración, y la espiritualidad del apóstol activo que, en lugar de limitar su apostolado a la oración, lo concibe y lo fortifica en el seno de la oración y lo ejerce en la acción.

Como dice el P. Pablo de la Cruz. La contemplación alcanza el mundo en Dios y la acción sirve a Dios en el mundo: una acoge al Dios del mundo y la otra se consagra al mundo de Dios, (Op. cit., p. 32).

Más adelante citaré el texto del P. Arrupe que ilumina aun mucho mejor este problema, no resisto tampoco al deseo de citar a Gandhi que tan bien supo hablar de la unidad de la acción y de la contemplación. «cuando laves la ropa en tu palangana, cuando acciones el fuelle de tu fragua, cuando escribas líneas interminables de cifras en tu escritorio de contable, cuando estés aplastado por el sol en medio del arrozal, cuando estés en pie ante tu horno de fundidor, si en todos estos casos no actúas con el mismo fervor religioso que si estuvieras en oración en un monasterio, jamás el mundo será salvado».

la vida espiritual de los Hermanos, gracias a oasis de reflexión, comunión y contemplación y no de evasión y alienación.. Como decía Mons. Huyghe, hay sistemas de gobernar en los que las almas mueren antes que los cuerpos².

¡Cuántos cristianos en las nuevas agrupaciones de comunidades catecumenales, de grupos Carismáticos, de focolares son capaces de encontrar fines de semana más numerosos y prolongados que nuestras antiguas recolecciones espirituales que nosotros ni siquiera hemos conservado! ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aún para dejarnos evangelizar o, al menos, para entrar en razón?

Esta última interrogación la sentí ya muy fuerte cuando tuve la ocasión de leer la carta del P. Arrupe a la Compañía de Jesús. Esta carta es magnífica tanto en la doctrina como en el gran realismo con el que señala los puntos débiles respecto a la vida de oración personal. Entonces me dije: si esto es verdad para una Congregación con tanta preparación y pedagogía espiritual y que vive una espiritualidad tan definida ¡cuánto lo será tal vez para nosotros, que somos niños en su comparación!

Un autor muy preocupado por la problemática de una oración existencial, el P. Mariano Ballester sj., hace la gran pregunta: ¿Es realizable el sueño de tener verdaderos contemplativos en la acción? Y responde claramente que sí, puesto que existen realizaciones históricas innegables, pero señala ciertas condiciones.

Para ello se precisa más que una serie de ingeniosas estrategias que apuntasen solamente a ocupar el pensamiento de la presencia de Dios; pues limitándose a sólo eso uno no está en una buena línea psicológica y corre el riesgo de ir hacia una esquizofrenia espiritual.

Tanto él como el P. Arrupe plantean el problema de otra manera. Hay 3 condiciones que deben darse para establecer una auténtica base de partida en el crecimiento espiritual:

1) Una verdadera experiencia de Dios, del Dios vivo, del Señor de la historia de la salvación, enamorado de los hombres hasta la locura.

² (Texto de la carta de P. Arrupe)

¿Nuestra espiritualidad es, en la práctica de tal naturaleza que nos permita vivir nuestra vida apostólica con la creatividad, disponibilidad sentido del riesgo y compromiso en el mundo que exige la XXXII Congregación General?

¿Nuestra manera de concebir y de ejercer de hecho hoy nuestra misión apostólica refleja tanto individual como comunitariamente, una espiritualidad profunda y nos permite mantener y desarrollar una tal espiritualidad? Como bien podéis comprender, aquí no se trata de retórica. Lo que nos lleva a hacer estas preguntas es la constatación de que, mientras son evidentes una renovación espiritual y un nuevo dinamismo apostólico, uno encuentra, sin embargo, en la compañía signos de un real deterioro en estos dos campos y de una estéril dicotomía que los muestra insuficientemente integrados de forma personal en muchos de nosotros. De ahí resultan situaciones de insatisfacción, de disgusto y de desilusión personal, de una parte, y de otra, tensiones individuales y comunitarias. Uno constata también formas de actividad, nuevas y antiguas, que acaparan completamente la generosidad de gran número de jesuitas, pero respecto de las cuales uno podría preguntarse si ellas responden verdaderamente a la característica específica del apostolado de la Compañía, es decir, de ese grupo de compañeros que al mismo tiempo religioso, apostólico y sacerdotal está unido al Romano Pontífice por un vínculo especial de amor y de servicio. Por otra parte, uno nota la existencia de una práctica aparentemente fiel a las expresiones tradicionales de nuestra vida espiritual, pero a la que no corresponde la creatividad apostólica requerida hoy para evangelizar una sociedad nueva.

- 2) Un apasionamiento por el Reino que sea capaz de mantenerse durante largos periodos de esfuerzo, de sequedad, de oscuridad y de crisis de crecimiento en la fe, cuando uno se encuentra en plena intemperie de un mundo secularizado.
- 3) Un nivel de fe que pasa de lo conceptual a lo vivencial y que es la roca sobre la que puede elevarse la construcción que unifica contemplación y vida, pues es la misma fe la que sumerge en la contemplación e impulsa hacia la acción.

Tales son, pues, las bases sobre las que es preciso organizar toda pedagogía espiritual.

De hecho, es cierto que hay muchas almas privilegiadas que, por razones conocidas sólo del corazón de Dios, reciben de la noche a la mañana, sea por experiencia, sea por gracia, estas santas bases que van a unificar su vida. El P. Foucauld decía, al hablar de su descubrimiento de la fe: «Cuando descubrí que Dios existía, ya no pude hacer otra cosa que vivir sólo para El». Tal fue también el caso de San Francisco de Asís después de la noche de Spoleto, y el de Pablo de Tarso. En ellos, lo que siguió no fue sino el desarrollo de una gracia inapreciable.

Pero la mayoría de («nosotros, gente del montón», como diría Magdalena Delbrel, hemos de aceptar humildemente el camino del aprendizaje y decirnos a nosotros mismos que, si no tomamos los medios, no desembocaremos en el milagro de la unificación y de la continua presencia de Dios.

No quisiera acabar sin remitiros una vez más a la magnífica carta del P. Arrupe, y sin llamar vuestra atención sobre una idea tan conmovedora como evidente que se encuentra allí.

«Vivir hoy, en cualquier momento y en cualquier misión, la vida de un contemplativo en acción supone un don y una pedagogía de la oración que nos hace capaces de una lectura renovada de la realidad (de toda la realidad) a partir del Evangelio y de una constante confrontación de esta realidad con el Evangelio»

«Finalmente a partir de nuestros días tal vez más que en un pasado reciente, se nos ha hecho claro que la fe no es una cosa adquirida de una vez para siempre, que no se pueda debilitar e incluso perderse y que es necesario sea constantemente renovada, alimentada y fortificada. Así pues, nuestra fe y nuestra esperanza viven a cielo abierto, *«sometidas a la prueba de la incredulidad y de la injusticia»*, lo que exige de nuestra parte, más que nunca, la oración que mendiga esta fe; no tenemos otra fe que la que se nos da a cada instante. La oración nos hace calibrar nuestra pequeñez, destierra las seguridades puramente humanas y los dogmatismo que dividen y nos prepara así, con la humildad y la sencillez, a la comunicación de esta revelación que no se concede sino a los pequeños».

Lo que dice el P. Arrupe, lo palpamos en el cotidiano de nuestras Provincias: hay Hermanos que han perdido su vocación, pero antes que eso, su fe y su caridad se habían apagado poco a poco y consecuentemente también, la comunicación con Dios.

Cuando uno ha perdido el interés profundo por el único que puede dar sentido a una vida religiosa, tan extraña a la naturaleza humana, ya no hay razón para continuar en semejante incoherencia.

Pero sin ir a estos casos extremos de una vocación que se pierde porque antes se ha perdido el dinamismo de la fe y de la oración personal, quisiera señalar dos trampas que yo

llamaría menos graves, aunque esta apreciación sea discutible.

Se trata del caso en el que no hay falta de oración, sino de espiritualidad en dicotomía. La oración es una cuestión de nutrición personal, sin relación con la misión y el apostolado. Pueden producirse entonces dos fenómenos sucesivos:

En un primer momento la oración sigue su camino y el apostolado el suyo. Uno sigue fiel a la oración; ella puede ser incluso intensa, pero el apostolado no se vincula a la oración y por ende no hay sitio para el discernimiento espiritual, para la escucha de las llamadas de Dios a través de las necesidades de los hombres. No se puede rejuvenecer el carisma ni hacerlo creativo. Ahora bien, este carisma en los orígenes del Instituto era de un dinamismo, de una generosidad y de un entusiasmo rayanos con la temeridad; en cualquier caso había una notable creatividad. Y sin embargo he ahí que puede convertirse en algo simplemente repetitivo. No se sale de los senderos trillados y se dan las respuestas apostólicas de otros tiempos.

Esto sería aceptable en situaciones sociales y eclesiales que no hubiesen cambiado, pero en un periodo de grandes y rápidas mutaciones y de gran movilidad, eso sitúa en una súbita pérdida de velocidad.

Puede llegar entonces un segundo momento, en el que el mismo espíritu apostólico y la acción apostólica se desgasten. Sucumben ante el cansancio del tiempo que pasa, ante la complejidad de una vida profesional y de un compromiso social ambivalente y ante el asalto repetido del poder secularizante de la sociedad ambiental.

En este caso el apostolado se seculariza poco a poco. Uno llega a ser un profesional, un sociólogo, un historiador, un profesor, un investigador, un trabajador manual, ... ya no hay nada de una fisonomía apostólica que recuerde el espíritu de las bienaventuranzas, ni la presencia del Absoluto en la ciudad secular, ni un esfuerzo por consagrar el mundo y de hacer destellar a Jesús y a su Evangelio como esperanza de una sociedad nueva. Se aboca a un activismo que, en vez de llenar de Dios a un mundo desilusionado, ha vaciado de Dios al apóstol de este mundo.

Es un poco la clase de constatación que hacía Pio XI, de la fábrica, de donde la materia sale ennoblecida y el obrero envilecido. El operario religioso continúa realizando su tarea pero en la incoherencia y en la insatisfacción. Con razón se dice: yo podría hacer todo esto y mejor aún como seglar.

Termino esta parte recomendándoos una vez más leer atentamente y con calma la circular del P. Arrupe, sea hoy o durante el Capítulo. Esta circular es corta y en cualquier caso os encarezco sobre todo el pasaje intitulado: exigencia de nuestra misión y de la realidad actual.

El P. Arrupe hace ver que hoy un jesuita no puede cumplir su misión en el mundo actual, es decir, en plena intemperie, sin sucumbir, a menos que tenga una vigorosa vida espiritual.

Verdaderamente es para hacer temblar. En cualquier caso, para hacer pensar a los que se sustraen de la oración invocando su condición apostólica de «gran actividad».

Os recomiendo también la parte de la carta intitulada: «sugerencias prácticas», en la cual el P. Arrupe pide aplicaciones muy concretas con miras a la revisión y a la rápida puesta en marcha.

En cuanto a mi para completar estas reflexiones sobre la espiritualidad apostólica, diré que depende de acciones más profundas que las pequeñas técnicas, cuyo valor es relativo y engañoso, si van solas. Indico las seis principales pistas que llevan a una espiritualidad auténtica:

1. Rectitud de intención apostólica. Sería mejor decir: pasión por el Reino, pues precisamente de eso se trata, por ejemplo, en la vida del P. Champagnat: «No puedo ver a un niño...»

2. La purificación del corazón El centro de unificación es el corazón. «Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia...», nos dice S. Pablo (Rm 11,10).

Cuando un corazón está unificado, está puesta la base para que toda la vida esté unificada; cuando un corazón está dividido no hay técnicas ni organización externa que puedan producir la unidad. Mas para llegar a esta purificación, se precisa una ascesis valerosa. A cada uno le toca organizarla y vivirla.

3. El encuentro con un Dios que habla y actúa en las presencias complementarias reveladas por la fe. Este encuentro es participación y contemplación en los momentos fuertes de oración personal (Jesús en la montaña), en el contacto con los hombres, en la historia, en la vida concreta, en el progreso,... y, por descontado, en la Eucaristía y en la Palabra de Dios. Son encuentros muy diferentes, pero que se completan.

4. El crecimiento en motivaciones evangélicas. ¿Cuáles son los resortes más profundos en nuestros corazones cuando actuamos?

5. La simplificación de nuestra vida, gracias a un verdadero discernimiento de las llamadas de Dios. No es verdad que es necesario hacerlo todo. ¿Proviene de Dios nuestros compromisos, nuestra superactividad en la que estamos anegados hasta la tensión y el surmenage? ¿Se orientan hacia Dios? ¿Son queridos por Dios? ¿Necesitamos encontrar tanto para nosotros como para los Hermanos entre nuestras obras? ¿Cuáles son las verdaderas llamadas que el Señor nos hace, y la verdadera misión que El nos confía y que construye de verdad su Reino?

Kelly en su hermoso libro «Mi experiencia de Dios explica cómo muchas personas de Iglesia que trabajan en pastoral, etc. llevan una vida espiritual sin brújula y que no les deja tiempo para ser ellos mismos ni para reflexionar, ni para dialogar ni para amar.

6. El crecimiento en el amor, «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm. 5, S) y que se convierte en ese manantial de agua viva del que hablaba Jesús, (Jn. 7, 37-39).

De este dinamismo unificador van a brotar el amor apasionado por Dios y amor pastoral por los hombres que aparecerán en la historia con diversos grados de generosidad, de don de sí, de servicio y hasta el heroísmo de los grandes imitadores de Cristo, como el padre Kolbe: «No hay mayor amor que el de dar la vida por los que se ama»

Sí, Hermanos, el pensamiento de S. Agustín, bien comprendido, es perfectamente exacto: «Ama y haz lo que quieras»

El amor constituía verdaderamente el secreto de la vida llamativamente robusta y al mismo tiempo contemplativa y apostólica del P. Champagnat que vivía continuamente en la presencia de Dios³ y que estaba abrasada del fuego apostólico en la parroquia⁴ primero y más tarde en la Congregación.

Sí, Hermanos, en su caso la unidad espiritual entre su contemplación y su acción provenía más de esas profundas raíces que señala el P. Arrupe y que acabo de mencionar, que de las técnicas que habrían complicado su vida en vez de simplificarla.

Con todo, creo que las pistas que acabo de trazar a grandes rasgos llevan a Dios, principio de unificación. El hombre es complejo y fácil a la fragmentación de vida. Dios, en cambio, es simple y si nos mantenemos cerca de El, llegaremos a encontrar la unidad de nuestro ser.

³ ... « alma de la oración, de la meditación y de todas las virtudes» (Testamento Espiritual).

⁴ « Cuantos pasos he dado por estos montes ¡Cuánto he sudado por estos caminos! Creo que si pudieran juntarse esos sudores, habría bastante para tomar un baño.. Pero si he sudado mucho, me queda la satisfacción grandisima de que ninguno de mis feligreses ha muerto sin que llegase a tiempo de ayudarle con los servicios espirituales.